

El sentimiento de los jóvenes de hoy

ANÁLISIS Esta sección nos aclaraba hace unos días lo que podemos pensar de la llamada violencia gratuita. Y Lluís Foix, en las páginas de opinión, se preguntaba sobre la hiperprotección de los jóvenes. Los jóvenes son una fuente inagotable de sensaciones, recuerdos y anhelos. Los jóvenes son el espejo en el que la sociedad se mira. Tiene gracia comprobar cómo joven es aquél que es libre, es móvil y funciona o, simplemente, es la gente de la generación de uno mismo. Pero ¿de quién hablamos cuando nos referimos a ellos? Los adolescentes y jóvenes de la época moderna eran otros que los actuales. Nada que ver. Los jóvenes de antaño, probablemente los jóvenes que ahora están al mando del mundo, eran personas que creían en el futuro y que compartían con sus mayores los principios de la cultura del esfuerzo. Sabían que, si se formaban y se peleaban dentro de un orden con las generaciones precedentes, les estaba reservado un lugar en la nave de la vida. Querían —¿cómo no?— un mundo mejor y un hombre nuevo. Tenían sus diferencias con el orden mundial pero habitaban un escenario donde la imagen del hombre aún tenía sus misterios y cierta trascendencia más o menos laicizada.

¿Dónde podemos encontrar a los jóvenes de

hoy en día? Indiscutiblemente, en un escenario nuevo. Incluso en un escenario que, sin lugar a dudas, es más rico. La sociedad actual, hipermoderna, es más libre, más democrática, más participativa y ofrece más oportunidades que la de antaño. Pero el espejo se ha roto. El Hombre ya no se mira en ningún lugar entre la cuna de la humanidad y el horizonte del progreso. El hombrecito de hoy día, muy individuo pero poco persona, se refleja en los destellos fragmentados de las superficies brillantes de los objetos de la técnica. Nació sin que nadie lo esperara. Se llama el Hombre del Funcionamiento. Sus máximas, los imperativos que lo angustian, son los siguientes: hay que funcionar y nada es imposible. Con tareas tan altas no puede perder un minuto en noñerías y no para de vivir el *connecting people*. Los jóvenes de hoy día, hiperavalados en el consumo y la construcción de su yo académico, han perdido la memoria y el rumbo del fuste torcido de la humanidad. Sienten que tienen mucho pero, también, que la futilidad de la vida y de la ciencia los hace muy tiernos, muy frágiles.

Los jóvenes de hoy día, parafraseando a un viejo psicoanalista, héroe humanitario de la Segunda Guerra Mundial, tienen el sentimiento de la desposesión. D.W. Winnicott, cuando explora a

los adolescentes trastornados de la conducta, descubre su sentimiento de desposeídos, de desheredados. Años más tarde Jacques Lacan, otro héroe de la causa de la humanización del malestar mental, explica bien este dolor inmenso, este sentimiento alojado en el laberinto que es la personalidad de los desequilibrados. La disociación del amor de los mayores y el deseo de lo nuevo no dejan lugar a ese tiempo normal de hacerse persona. ¿No nos recuerdan las existencias cuestionadas de los jóvenes de hoy en día que entre el tener objetos y ser personas hay un abismo de difícil sutura? Los tres jóvenes que asesinaron a la indigente estaban quizá ebrios de la imagen que transmite el nuevo mundo: un thriller generalizado tipo *American Psycho*. Tan ebrios estaban que lo escenificaron ante la pantalla de seguridad del cajero automático. Quizá este acto sintomático aún les depare una oportunidad y a nosotros nos devuelva la luz de la razón.

¿Y la indigente? ¿Es el resto del Viejo Mundo? ¿O simboliza a la madre de las tropas de trastornados de la conducta que vegetan, agazapados, en los institutos de enseñanza catalanes?

FRANCESC VILÀ

Psicoanalista y director del Consejo Social de la Fundació Cassià Just